



Dedicamos en una ocasión en LA MAGIA DE VIAJAR POR ARAGÓN espacio y atención al descollante racionalismo zaragozano y también a la no muy conocida Ciudad Jardín de Huesca, pero es la ciudad de Teruel la que destaca dentro de Aragón y en todo el interior peninsular por contar con la mayor y más espléndida colección de edificios modernistas, rivalizando tan solo con ella el patrimonio de Zamora. Hoy nos introducimos en este estilo artístico, recordamos la red de ciudades modernistas más destacadas, entre las que se cuenta Teruel, y recorreremos esas joyas arquitectónicas que guarda y exhibe la capital bajoaragonesa junto a su quizá más afamado y difundido patrimonio mudéjar.

CIUDADES BELLE ÉPOQUE

Teruel modernista

Texto: Luis Iribarren

Fotos: Julio Foster

Fachada de casa Ferrán

La arquitectura, rejería y concepción del diseño interior y del mobiliario modernistas surgen a finales del siglo XIX, cuando el arte africano y japonés pasan a las colecciones privadas y emergen con fuerza como tema estrella de las exposiciones internacionales con centro en París. Las que encumbran a la pintura impresionista y ciudad en que, tras disfrutar de esas novedades, se recitaba poesía simbolista bebiendo absenta. a capital cultural del mundo era la meca de la expresión artística para escritores, pintores o escultores, y el impacto de estas corrientes de vanguardia tuvo el correspondiente efecto en la arquitectura.

El efecto liberador de espacios que permiten las estructuras de hierro, ensayadas por Eiffel y que fueron aplicadas como base de sustentación de proyectos como el Mercado Central de Zaragoza, el surgimiento de la casa de burgués o palacete —vuelta a Palladio— así como de la arquitectura industrial como principales encargos arquitectónicos, la superación de las catedrales, sedes municipales o grandes sedes administrativas como tema arquitectónico, permitieron en su conjunto la eclosión de un estilo detallista, pequeño, delicado. Que vuelve a la curva, que juega y rompe la perspectiva, que tiene un resultado que aligera lo sólido mediante aquellos brocados propios de la escuela de pintura flamenca gótica.

A ese estilo se mira, como al paisajismo inglés o las mezquitas de Mali, como inspiración.

Además, el arquitecto diseña en su taller de modo integral el resultado global de la vivienda burguesa. Los muebles, reposamanos y barandillas, las cerámicas y mobiliario de los baños, la rejería de galerías y balcones curvos.



Antiguas escuelas del Arrabal

Vuelve el gusto por redondear las mansardas e incorporarles almenas, ojos de buey propios de la literatura romántica, de los cuentos fantásticos de Poe o Maupassant. El resultado estético de las fachadas es nunca angular, se generaliza el uso de arcos rebajados, miradores en que Zaragoza o Teruel parecen escenarios de paseo marítimo.

Las artes antes menores, como la azulejería o la forja, cobran como remate pero trampan-tojo lugar y destino fundamental.

Los alféizares de las ventanas, los relieves con ornamentación vegetal en portones, capiteles, frisos, la incorporación de gárgolas y elementos de inspiración historicista, el revival oriental y bizantino encuentran campo abonado en los avances técnicos en materia constructiva.

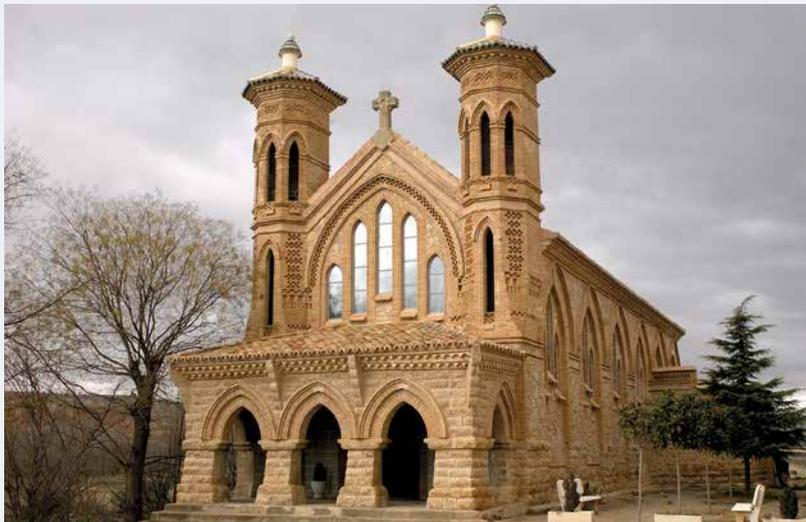
El vidrio colado, el cemento que aún gozará de una segunda revolución con la generalización de las estructuras de pretensado o la producción industrial de azulejos permiten, por la aplicación de un urbanismo de corte higienista, la extensión de este estilo en que se cuidan los detalles y el buen gusto a las viviendas de cada ensanche de pequeña ciudad, erigidas por su burguesía.

Rasgos comunes, por tanto, serían los de las normas dinámicas y buscar una sensación de poco peso, ligereza y vuelta a la naturaleza con emparrados esculpidos o incorporados en yeso, las tribunas acristaladas y el uso de los chaflanes como pared de lucimiento, visible y en que aligerar la impresión de peso con los miradores y balcones forjados, que tanto aún emocionan y que beben su inspiración del Plan Cerdá de Barcelona. Dando relieve y complejidad a las manzanas de las que, afortunadamente, se urbanizó una buena cantidad e inspiró el gusto del chaflán puesto en valor allá donde no era necesario por perspectiva, de lo que Teruel cuenta con espléndidos ejemplos como la Casa Ferrán.

Derecha arriba, decoración en forja en casa Bayo; abajo, casa Ferrán



Red de ciudades modernistas



La ciudad de Barcelona, como la de Bruselas y Viena, son Patrimonio de la Humanidad, en parte por su obra modernista, ejecutada de conformidad a los proyectos de Gaudí, Víctor Horta o esas pequeñas joyas de estaciones vienesas diseñadas por Otto Wagner y los edificios de la judería de Loos.

Pero hay otros destinos para deleite de los amantes del modernismo. La calle principal cercana al puerto de Cartagena, los exponentes del estilo con toque ligeramente más marcial de la ciudad de Melilla, el centro urbano de Reus como algunos edificios aislados elegantes en León.

La actividad que más sentido tiene y que de mayor predicamento goza la localidad de Canfranc Estación es su jornada modernista, con sus participantes llegando en tren histórico ataviados como de Balenciaga.

También Teruel goza de pertenecer y formar parte de la denominada «Ruta Europea del Modernismo», que componen, para paladares refinados, localidades intermedias tales como Alcoy, Arenys de Mar (por ser sede de Calisay), las citadas Cartagena y Melilla, la gallega Ferrol con su patrimonio naval, la calle ensanche de Gerona, la ciudad de La Habana, a la que arribó el modernismo catalán con mayúsculas, la chilena Valparaíso, con sus elevadores junto a casitas de colores, como la de Frida Kahlo en México D. F. y en Cataluña —Reus aparte— el conjunto fabril textil y de residencias y teatros tan desconocido como descolante de Tarrasa.

Cercana a Aragón pero con tanta influencia en concebir y erigir cooperativas, se recomienda desde estas líneas la visita a la Bodega Cooperativa de Gandesa, excelsa y cumbre obra de César Martinell, preclaro discípulo de Gaudí y, mucho más afín a mis gustos, Puig i Cadafalch: el maestro de Mataró autor de la increíble Casa Amatller en el paseo de Gracia de Barcelona.

Arriba, iglesia parroquial del Salvador, de Pablo Monguío i Segura

Teruel, capital modernista de Aragón e interior peninsular

Rivalizando solamente con el patrimonio de Zamora, las razones que han motivado la inclusión de Teruel en la red de ciudades citada, apela a su carácter complementario a la declaración de su mudéjar como Patrimonio de la Humanidad, cuestión de la que se ha ocupado en profundidad esta revista. Por su importancia, se transcribe el texto motivador citado:

Si los habitantes de Teruel de los siglos XIII y XIV vieron surgir el mudéjar, incluido en la lista del Patrimonio Mundial de la Unesco en 1986, los de principios del siglo XX observaron cómo se incrustaban en su trama urbana edificios con un nuevo lenguaje arquitectónico. Dos hechos distantes en el tiempo, pero que encerraban tras ellos un argumento social específico.

Como en el resto de ciudades, la arquitectura del Modernismo turolense hay que vincularla a la burguesía local que pretendió rivalizar con la que en siglos anteriores levantó la aristocracia como símbolo de poder. Para plasmar esos deseos encuentran en Pablo Monguío i Segura, procedente de Tarragona, el arquitecto idóneo que proyecte sus obras. El tercer agente del proceso son los artesanos turolenses, que contribuyen con su gran profesionalidad a materializar las obras. Una afortunada complicidad que permite contemplar como hecho diferenciado y singular la arquitectura modernista de Teruel.

Derecha, exterior y detalle de las ventanas de la ermita de la Virgen del Carmen

